

JUAN DE LA CUEVA (1543-1612)

*COMEDIA DEL DEGOLLADO*

ÍNDICE:

PRIMERA JORNADA  
SEGUNDA JORNADA  
TERCERA JORNADA  
CUARTA JORNADA

Argumento de la Comedia del Degollado

Arnaldo, Capitán de Vélez-Málaga, cautivó en una refriega a un moro llamado Chichivalí, al cual dio libertad, después de haberlo tenido algunos días cautivo, quedando con Arnaldo de le enviar o traer el rescate dentro de cierto tiempo. Y así cumplido, y volviendo a traello, tuvo orden de cautivar a una doncella llamada Celia, que el Capitán Arnaldo servía, yendo en hábito de hombre a ver un banquete que el Capitán daba a otras damas. Sabido de Arnaldo que los moros le llevaban a Celia, se puso a donde fue también cautivo por los moros y llevado a Berbería y presentado al Rey; y asimismo lo fue Celia; los cuales estando en el servicio del Rey. Chichivalí descubrió al Príncipe, hijo del Rey, cómo aquel paje era mujer, y contándole toda la historia, el Príncipe se enamoró de Celia, y el Chichivalí, no desistiendo su propósito, hallando a Celia hablando con Arnaldo, puso mano a la espada, y el Arnaldo a la suya y mató al moro. Por lo cual fue luego preso y condenado a degollar por el Rey. Celia, viendo en tal extremo a Arnaldo, acudió al Príncipe a que lo remediase. El cual llamó a los que el Rey cometi6 la ejecución de la sentencia, mandándoles que no la ejecutasen en Arnaldo. Y así, ellos sacaron a otro condenado a muerte, y a hora que no pudiese ser visto, diciendo ser Arnaldo. Celia se fue al Príncipe querellándose dél que, habiéndole dado la palabra de librar a Arnaldo, lo habían degollado. El Príncipe le pidió que, como ella hiciese lo que él le pedía, él le daría a Arnaldo vivo. Celia, teniendo la promesa del Príncipe por imposible, concedióle que sí haría. El Príncipe mandó traer allí a Arnaldo, y viéndolo Celia, y que había dado al Príncipe su palabra de cumplir su voluntad, se puso muy triste. Sabida de Arnaldo la ocasión de su tristeza, le dijo que cumplierse la palabra que le había dado al Príncipe y, lamentándose, decía que mejor le fuera no haberle dado la vida que quererle quitar la honra. El Príncipe, conmovido a lástima, largó a Celia la palabra y, dándoles secretamente libertad, los envió a su tierra.

Esta comedia representó la primera vez en Sevilla Pedro de Saldaña; recitóse en la güerta de doña Elvira, año de mil y quinientos y setenta y nueve, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros, Conde de Barajas.

Todas las personas:

ARNALDO, Capitán.

CRIADO.

CELIA, Dama.

CRIADA.

PRÍNCIPE MORO.

CHICHIVALÍ, Moro.

PALIQUE, Moro.

REY MORO.

JUSTICIA.

ALCAIDE.

## JORNADA I

### Argumento de la primera jornada

El Capitán Arnaldo trata con un criado suyo acerca de haber dado libertad al moro Chichivalí, confiado en la palabra que le dio que le traería el rescate. Quiere dar un banquete a unas damas, manda al criado que lo aderece. Vienen Chichivalí y Palique con el rescate, dándoselo al Capitán Arnaldo, y volviéndose Chichivalí a embarcarse cautiva a Celia, que en hábito de hombre iba con su criada a ver el banquete que Arnaldo daba a las damas. Avísanle dello, pónese donde el otro moro Palique lo cautive, y así lo llevaron cautivo con Celia.

### Personas de la primera jornada

ARNALDO, Capitán.

CRIADO.

CHICHIVALÍ, Moro.

PALIQUE, Moro.

CELIA, Dama.

CRIADA.

### Salen ARNALDO y su CRIADO

ARNALDO.

¿Viste la bizarría de aquel moro,  
aquel valor, aquel feroz denuedo,  
aquel guardarme sólo a mí el decoro  
en el rendirse, sin señal de miedo?  
Por la deidad del sumo Dios que adoro,  
que en esta parte, con razón, no puedo  
encubrir su magnánima pujanza,

ni a su virtud negar toda alabanza.  
Que yo celebre aquel furor ardiente  
con que el moro esforzado resistía  
al ímpetu y poder de nuestra gente,  
que con fiera braveza le hería.  
Mi gloria es la que ensalzo juntamente,  
pues vencí su invencible valentía,  
que cuanto es el vencido de más gloria,  
tanto es más excelente la victoria.  
Sola una cosa quiero que me digas,  
si en este hecho fue menor hazaña  
dar libertad al moro en sus fatigas  
que haber habido la victoria extraña.

CRIADO.

Señor, ¿por qué razón así me obligas  
que a Pasquín traiga desde Roma a España?

ARNALDO.

¿Para qué quieres a Pasquín contigo?

CRIADO.

Para que él diga lo que yo no digo.

ARNALDO.

Pues ¿qué quieres decir que no lo dices?  
Pues de mi parte mesma te es rogado  
que lo que sientes desto me lo avises,  
porque yo estoy conmigo saneado.

CRIADO.

Bien me parece, Arnaldo, que bautices  
con tu opinión el yerro en que has errado  
de haberle dado libertad a un moro,  
en que no le guardaste a Dios decoro.

ARNALDO.

¿Por qué razón? ¿No es uso de la guerra  
los moros libertar a los cristianos?  
¿Los cristianos, también desde su tierra,  
dejar ir a la suya a los paganos?

CRIADO.

Entenderás que en esa ley se encierra  
cuanto decir se puede, y de las manos  
nunca la dejarás, pues ten memoria

que se dice que al fin cantan la gloria.

ARNALDO.

¿En qué razón me fundas del derecho  
que no hice bien? O dime, ¿quién te avisa  
ese fin que prometes a mi hecho  
que tu lengua mordaz me profetiza?

CRIADO.

¿Quieres que yo te deje satisfecho  
con mentiras? No sigo tal divisa.  
¡Córtame aquesta lengua que no sabe  
lisonjear, ni en mi firmeza cabe!

ARNALDO.

No pido que me seas lisonjero,  
mas que me digas la verdad en esto.

CRIADO.

No tengo que decir, si por dinero  
libertaras al moro, fuera honesto.

ARNALDO.

No importa, que, aunque es moro, es caballero,  
y él lo enviará, cual prometió, muy presto.

CRIADO.

¿Muy presto? ¡Plega a Dios que presto sea,  
que él muy perdono cuando él presto vea!

ARNALDO.

¡Oh pertinaz! ¡Oh incrédulo! ¡Oh inhumano!  
¡Oh protervo satírico que estraga  
el alto honor de aquel que dio la mano  
jurando al cielo que él me satisfaga!

CRIADO.

Señor, mire, no aoje ese pagano  
porque no muera de ojo nuestra paga.

ARNALDO.

No hará; deja eso y di, malvado,  
para el banquete ¿qué has aderezado?  
Ya sabes que al valor de quien lo ofrezco  
es poco cuando sea lo posible,  
y es muy poco a lo mucho que padezco

darle el Fénix de Arabia comestible.  
Y así quiero, pues tanto bien merezco,  
que lo acepte, serville lo imposible  
de suerte que el banquete de Darío  
no iguale, si es posible, con el mío.  
Dime, en esto, qué has hecho; o qué respuesta  
me traes; si le llevaste mi recaudo;  
dónde o cuál la cogiste; si dispuesta  
está a la ida cual está ordenado.

#### CRIADO.

Señor, yo entré y estaba descompuesta,  
sin ningún atavío, al viento dado  
el cabello del oro más subido  
que la rica Dalmacia ha producido.  
Quíseme detener viendo que estaba  
tan de revuelta, sin ningún ornato,  
y ella, cuando me vio que a entrar dudaba,  
mandó que entrase sin tener recato.  
Ya el pecho de alabastro demostraba;  
ya el bello brazo, de marfil retrato.  
Tirando de la ropa descubría  
lo que cubrir con ella pretendía.  
Al fin, señor, por no cansarte en esto,  
yo estaba embelesado deseando  
que tú ocuparas el dichoso puesto  
que yo, sin para qué, ocupé hablando.  
Y, mi recaudo siéndole propuesto,  
me respondió que estaba ya aguardando  
para ir a otras damas que llevaba  
consigo, y que su ida te avisaba.  
Ésta fue su respuesta, y pues que viene  
acompañada y da el aviso antes,  
es necesario, y a tu honor conviene,  
que, de nuevo, en el gasto te adelantes.  
El punto sabes y el valor que tiene;  
y pues lo sabes, cumple que la espantes  
a ella y las demás con clara muestra  
de tu magnificencia y larga diestra.

#### ARNALDO.

Bien me parece en esto tu decreto.  
Yo lo quiero seguir. Toma esta llave,  
ve a mi escritorio, y saca sin respeto,  
que el gasto en casos de honra es muy süave.

CRIADO.

Señor, dame a entender como discreto  
¿cómo es posible que en tu alma cabe  
contento humano sin tu Celia bella,  
pues publicas que está tu gloria en ella?

ARNALDO.

Muy filósofo estás, mas ya que quieres  
que yo te dé razón, sabrás que muero  
por Celia, y en Celia viven mis placeres,  
y en sola Celia el bien del alma espero.  
Celia es mi vida, y yerras si entendieres  
que bien sin ella yo procuro o quiero;  
mas que, por dar alivio a la memoria,  
finjo alegrarme con fingida gloria,  
que así cual suele a la tiniebla oscura  
el claro Febo del rosado oriente  
ahuyentar con la luz de su luz pura,  
así el placer que veo de ella ausente,  
pena, dolor, congoja, desventura,  
ira del cielo veo, si veo presente  
cosa que de contento sea sin vella,  
ni caber puede en mí, ni lo hay sin ella.  
¿Satisfaces con esto a tu deseo?

CRIADO.

Señor, sí; y no entiendas que ignoraba  
la constante firmeza que en ti veo  
y de ti sé, y el mundo pregonaba.

ARNALDO.

Pon diligencia ya, que, según creo,  
el tiempo a toda priesa nos llamaba.  
Haz que un batel se esquife en el momento  
a las damas, que ya alcanzarnos sienta.  
Llevaránme un caballo aderezado  
porque, volviendo, correré la tierra,  
que el capitán que vive descuidado  
en la paz, no administra bien la guerra.  
No te detengas; presto, acelerado,  
toda tardanza al punto la destierra.

CRIADO.

Cual lo mandas, seré en obedecello.

ARNALDO.

Contigo me descuido; ve a hacello. Vanse

Salen CHICHIVALÍ y PALIQUE

CHICHIVALÍ.

Favorable ha sido el viento,  
Palique, pues ya nos vemos  
en la isla que queremos,  
do vive mi pensamiento.  
Aquí me tuvo cautivo  
Arnaldo, Capitán della;  
aquí nació la centella  
que me abrasa en fuego vivo.  
Aquí tuve libertad;  
libertad no, pues dejé  
presa el alma con la fe  
en nueva cautividad.  
Llevé el cuerpo miserable  
a mi pesar, pues dejaba  
quien dulce vida le daba  
en su pena incomparable.

PALIQUE.

Sólo de ti saber quiero,  
Chichivalí, la ocasión  
que, saliendo de prisión,  
quedaste por prisionero;  
¿qué fue la causa tornar  
y tú mesmo haber traído  
el rescate prometido  
pudiéndoselo enviar?

CHICHIVALÍ.

Si supieses qué preguntas,  
no dudo que te admirases  
y sin sentido quedases,  
cual yo las fuerzas difuntas;  
porque contarte la historia  
que en tal extremo me tiene,  
aunque para el fin conviene,  
al fin teme la memoria.  
Sabrás que siendo cautivo  
de Arnaldo, este Capitán,  
en mi congoja y afán,  
en mi pena y mal esquivo,  
usó conmigo de un modo

que, aunque es la prisión molesta,  
en mí era alegre fiesta  
y descanso alegre todo.  
Tomóme tal amistad,  
que donde iba me llevaba,  
y en todo lo que trataba  
era por mi voluntad.  
Éste -y nunca Alá quisiera-  
me llevó a ver una dama  
que dio tal fuerza a mi llama,  
que me ha vuelto en otra esfera.  
Ha sido tan poderoso  
amor y su hermosura,  
que por mi corta ventura  
a mí mismo soy odioso.  
Traspaso la ley de amigo;  
no guardo fidelidad;  
sigue mi fe y voluntad  
sólo a Celia que amo y sigo.  
Celia es mi bien soberano;  
por mi Dios a Celia adoro;  
por Alá he sido moro,  
y por Celia soy cristiano.  
Si Alá goza el santo cielo,  
sin Celia no es cielo el suyo;  
por Celia del cielo huyo,  
pues Celia hace cielo el suelo.  
Al fin sabrás que se cría  
esta Celia gloriosa  
para ser, ¡ay cielo!, esposa  
de Arnaldo, la gloria mía.  
Y si en Alá hay poder,  
y Mahoma lo concede,  
yo haré que Arnaldo quede  
sin Celia, si puede ser.  
Yo he hecho aquesta jornada,  
trayéndole mi rescate,  
y porque no se rescate  
de la que traigo ordenada.  
Y es que yo la he de robar  
y ha de ser en esta hora,  
porque él con otra señora  
está fuera del lugar.  
Ha me dado aviso desto  
el espía que envié,  
y por eso te llamé

para que tú vayas presto  
y, en hábito de cristiano,  
a mi bella Celia espíes,  
y della no te desvíes  
hasta ponerla en mi mano.  
Con la flota se entrarán  
al mar, y quede un batel  
con dos moros dentro dél,  
y aguardando aquí estarán  
en hábito de cristianos,  
porque si Celia viniere  
y do está Arnaldo quisiere  
pasar, les venga a las manos.  
Guárdese el orden que doy,  
y poneldo en obra luego,  
que yo, sin ningún sosiego,  
a dar mi rescate voy.  
Sólo irá conmigo un moro  
y éste me acompañará,  
y mi intento ayudará  
en la fe de la que adoro.

PALIQUE.

Así, cual de ti es mandado,  
de mí será obedecido,  
y sin discrepar cumplido  
todo lo por ti ordenado.

CHICHIVALÍ.

¡Vamos presto! ¡No tardemos!

PALIQUE.

¡Vamos, que prestos estamos,  
y el fin próspero aguardamos  
con que alegres nos tornemos!

Salen CELIA y su CRIADA

CELIA.

¿Que es verdad lo que me dices,  
que Arnaldo llevó esas damas?

CRIADA.

Celia mía, si le amas,  
ruego no te escandalices,  
que bien podrá ser que sea

su intento muy diferente  
del que te pone presente  
amor, que te señorea.

CELIA.

No sé yo con qué razón  
podrás disculpar tal hecho,  
si no es con que el duro pecho  
sufra la misma pasión.  
Que, conocida la culpa,  
no hay disculpa que disculpe,  
sino que, por culpa, culpe  
cualquier modo de disculpa.

CRIADA.

Aunque el yerro es conocido,  
no siendo oída la parte,  
es bien que de ti se aparte  
el enojo concebido.  
Que así te vea bien lograda,  
que si de ti tal pensara  
que primero reventara,  
que osara decirte nada.

CELIA.

No te alteres, que no es justo  
que así te dé alteración,  
que yo muestre la pasión  
que me causa tal disgusto.  
Y pues tú gustas que encubra  
lo que el alma siente en esto,  
desde este punto protesto  
que ni aun a mí lo descubra.

CRIADA.

Beso, señora, tus manos  
por tan colmado favor,  
que al fin muestras en amor  
no ser mis servicios vanos.  
Y espero en Dios que algún día,  
digo, el día de tu boda,  
mostraré en la fiesta toda  
si te ama el alma mía.

CELIA.

Dejemos eso, y vengamos

a lo que pienso hacer,  
y dame tu parecer,  
pues solas las dos estamos.  
Yo estoy ya determinada,  
y esta determinación  
mueve amor, que la razón  
priva al alma enamorada.  
Arnaldo se está holgando  
con las damas en su güerta;  
quiero ir allá encubierta,  
este traje mío dejando.  
Iré vestida de paje  
a servir en la comida,  
que, no siendo conocida,  
no hago a mi honra ultraje.  
Veremos las combidadas  
los servicios que se dan,  
cómo las sirve el galán,  
del modo que están sentadas,  
Y, habiéndolo visto todo,  
con secreto nos saldremos,  
y despacio lo reiremos,  
y esto es fácil deste modo.

CRIADA.

Señora, dándote gusto  
eso que pides que haga;  
a mí el gusto no me estraga  
sino lo que te es disgusto.  
Vamos a hacello luego,  
que será gracioso hecho.

CELIA.

Será dar sosiego al pecho  
que jamás tuvo sosiego. Vanse

Sale ARNALDO

ARNALDO.

Bien lo ha hecho mi criado,  
que bien nos dio de comer,  
que mejor no pudo ser  
de abundante y bien guisado.  
Que, fuera de los desgustos  
que trae la solicitud,  
con presteza y con quietud,

dio gusto a tan varios gustos.  
Yo solo en tanto contento,  
aunque me vine a holgar,  
no he podido reposar  
de una congoja que siento.  
Y debe la causa ser  
no estar mi Celia conmigo,  
y ella me envía por castigo  
darme congoja el placer.  
Mas temo, ¡ay Dios verdadero!,  
que tan súbito pavor  
no sea por mi dolor  
presagio de mal agüero.  
El alma traigo alterada  
sin entender la ocasión,  
y tan grande alteración  
no es sin gran causa ordenada.

Sale el CRIADO de ARNALDO

CRIADO.

¡Arnaldo!, ¡Arnaldo!, ¿no te armas?  
¿No sales al enemigo?  
¿No ves en el pueblo amigo  
ya las enemigas armas?  
¡Oye tocar a rebato!  
¡Oye el clamor de la tierra!  
¡Aprieta, aprieta! ¡A la guerra!  
¡A Vélez! ¡No seas ingrato!

ARNALDO.

¡Ay cielo! ¡Ay de mí! ¿Qué hago  
ausente en tal coyuntura?  
¡Ay extraña desventura!  
¡Ay triste! ¡Ay amargo trago!  
¡Daca mi caballo, aprieta!  
¡Ármate tú! ¡Ven tras mí!

CRIADO.

¡Moros vienen por allí!

ARNALDO.

¡Moros, cierta es nuestra presa!

CRIADO.

¡A ellos con osadía!

¡Cojámosles este paso!

ARNALDO.

¡No hables! ¡Detente! ¡Paso,  
que a nosotros hacen vía!  
Dos moros son, y no más,  
y con priesa acelerada  
vienen la bandera alzada,  
que son insignias de paz.  
El un moro he conocido;  
no hay para qué me recate,  
sin duda me trae el rescate  
cual me dejó prometido.  
¿No ves que es Chichivalí?

CRIADO.

Señor, bien claro lo veo,  
y, aunque lo veo, no lo creo.

ARNALDO.

Bien claro lo ves aquí.

Salen CHICHIVALÍ y el acompañante

CHICHIVALÍ

¡Valeroso Capitán,  
digno de ser comparado  
con el que es más celebrado,  
y al que más gloria le dan!  
Mi palabra prometida,  
gran señor, vengo a cumplir,  
porque bien podía morir  
o había de ser cumplida.  
Recibe aquesta pobreza  
del que te quisiera dar  
don tan alto y singular,  
cual se debe a tu grandeza.  
Mas supla la voluntad  
lo que el posible me niega  
que el alma el deseo te entrega  
con igual facilidad.

ARNALDO.

Chichivalí, tú has cumplido  
con la fe de caballero,  
y no en traerme el dinero,

mas en haber tú venido.  
Y así te ruego que quieras  
holgarte este día conmigo,  
que yo al seguro me obligo  
de tu gente y tus galeras.

CHICHIVALÍ.

Eso no será posible;  
beso, gran señor, tus manos,  
porque en todos los cristianos  
hay alteración terrible.  
Otro día volveré  
en que tal merced reciba,  
ya que agora me lo priva  
la ocasión que dicho he.

ARNALDO.

Pues niegas lo que demando,  
sigue en buen hora tu vía.

CHICHIVALÍ.

¡Alá sea en tu compañía,  
y a mí me vaya guiando!     Vanse

ARNALDO.

¿Ves a su criado cómo el moro cumplió  
su palabra? Es caballero;  
nunca fuerza de dinero  
al que es bueno corrompió.

Sale la CRIADA

CRIADA.

¡Ay triste acaecimiento, extraño duelo!  
¡Ay caso no pensado! ¡Ay suerte dura!  
¡Ay miseria crüel! ¡Ay desconsuelo,  
donde no iguala humana desventura!  
Señor, ¿qué haces que el airado cielo  
tu miserable fin y mal procura?  
¡Tu bien se acaba ya! ¡Ya tu esperanza  
defraudó la Fortuna con mudanza!

ARNALDO.

¿Qué dices? ¿Qué declamas? ¿Qué te altera?  
¿Qué te trae desa suerte lamentando?

CRIADA.

¿Qué quieres que te diga? ¡Ay muerte fiera!  
¿por qué mi duro fin vas dilatando?

ARNALDO.

¡Sosiégate! ¿Qué mal te desespera?

CRIADA.

Mas ¿qué bien te descuida? ¡Ay hado infando!  
¡Ay Arnaldo, que ya murió tu gloria,  
y empieza tu llorosa y triste historia!

ARNALDO.

¡Aclárate! ¿Qué dices? ¡Que no entiendo  
el fin que dices que a mi gloria vino!

CRIADA.

¡Celia va en poder del moro horrendo!  
¡En alto mar la lleva su destino!

ARNALDO.

¡Cielo airado!, ¿qué es esto que está oyendo?  
¡Dime! ¿Cómo ese mal le sobrevino?  
¡Aprieta, aprieta! ¡Ay miseria humana,  
que tu gloria mayor es sombra vana!

CRIADA.

Sabrás, señor, que siéndole informado  
a Celia que tú estabas en tu güerta,  
quísote ver, el hábito dejado,  
en traje de hombre por venir cubierta.  
Halló un batel del moro aparejado  
a la lengua del agua, y ella, incierta,  
creyó que eran cristianos los que estaban  
en él, porque la lengua nuestra hablaban.  
Incauta de su daño, entró primero  
que yo, que iba algún tanto desviada,  
y el moro, que la vio, alzó ligero  
la plancha, y ella, viéndose engañada,  
arremetió arrojar al mar, y el fiero  
moro, viendo la presa deseada,  
asido della con violencia esquiva,  
echarse al mar, cual procuró, le priva.  
La bella Celia, no medrosa en esto,  
con varonil esfuerzo resistía  
el bárbaro que le era tan molesto,

que su querer con fuerza le impedía.  
¡Vieras al viento el oro descompuesto,  
que por el cuello y hombros se esparcía,  
y revolviendo al moro daban luego,  
que lo enlazaban y encendían en fuego!  
De aqueste modo, en vuelo presuroso,  
el batel de mi vista desviaron,  
y dentro dél tu gloria y tu reposo,  
y el alma que con ella te llevaron.  
¡Éste es el triste caso doloroso!  
¡Éste es el premio, Arnaldo, que guardaron  
los rigurosos hados a tu suerte!  
¡Ésta es la historia de tu cierta muerte!      Vase

ARNALDO.

¡Oh suerte, la más esquivada  
que se vio! ¡Suerte inhumana,  
pues a Celia soberana  
llevan los moros cautiva!  
La fuerza de mis enojos  
crece viendo, ¡ay cielo airado!,  
que a los moros les has dado  
prendas del cielo en despojos.  
¡Dichosos podéis llamaros,  
moros, por tan alta gloria,  
y en señal de tal victoria,  
las cabezas coronaros!  
No pudo vuestro deseo  
llegar a lo que tenéis,  
¡oh bárbaros!, si entendéis  
lo que lleváis en trofeo.  
Chichivalí, di, ¿por qué  
usaste tan gran maldad  
quebrando fe y amistad?  
Mas ¿quién pide a un moro fe?  
Yo te quiero disculpar,  
que si tuya Celia fuera,  
que cualquier maldad hiciera  
si la pudiera gozar.  
Bien has granjeado, moro,  
pues sin guerra ni debate,  
en trueque de tu rescate,  
llevas ángel, dejas oro;  
llevas vida y dejas muerte;  
llevas el bien, dejas pena;  
llevas mi alma en cadena;

¡triumfas de divina suerte!  
Moro, áspero enemigo,  
alcance de ti por palma  
que vaya el cuerpo del alma  
que llevas presa contigo.  
Deja juntarse los dos;  
no procures impedillos,  
que no puede dividillos  
si no es el poder de Dios.  
¡Celia, allá he de acompañarte  
en tu miseria terrible,  
porque el morir es posible  
y no es posible el dejarte!  
Esto es Celia lo que puedo,  
y eso será eterno en mí,  
porque si quedo sin ti,  
sin cielo, sin Celia quedo.  
Aquí determino estar.  
Tú, criado, en Vélez, di  
cuál quedo, y que quiero aquí  
morir, o a Celia alcanzar.  
Toma, lleva esta jineta,  
di que ya de mí no curen,  
y que capitán procuren  
de más dichoso planeta.

CRIADO.

¿Con tanta riguridad  
quieres la muerte vecina?

ARNALDO.

¡No me respondas, camina,  
que aquesta es mi voluntad!

CRIADO.

Del modo que lo has mandado,  
señor, así lo haré.

ARNALDO.

Guárdame en eso la fe,  
como bueno y leal criado.  
Echado en esta marina  
quedaré, do me faltó  
mi alma; quizá quedó  
fusta alguna convecina  
que me lleve adonde va

Vase el criado

mi vida, cautiva y presa,  
y haciendo de mí presa,  
vida a mi muerte dará.

Salen PALIQUE y sus soldados

PALIQUE.

Esforzada compañía!,  
ya que por paz, ni por guerra,  
no llevamos desta tierra  
ninguna presa este día,  
al punto nos recojamos,  
y marchad por do camino,  
podrá ser que en el camino  
alguna cosa cojamos.  
¡Tenéos, que a un hombre veo!  
¡Paso, moros, no habléis!,  
que yo creo que no iréis  
de aquesta vez sin trofeo.  
¡Arremeted presto a él,  
no se vaya de las manos!

ARNALDO.

¡Oh mis gozos soberanos!

PALIQUE.

¡Atándolo, y al batel!  
Chichivalí es ido ya  
con otra presa escogida.

ARNALDO.

Con el alma de mi vida,  
que en su dura prisión va.

PALIQUE.

¿Qué hablas, perro cristiano?  
¡Que te sacaré la lengua,  
que tal presa ha sido mengua  
al ejército pagano!

SEGUNDA JORNADA

Argumento de la segunda jornada

Presentan los capitanes moros a su rey a Celia, en hábito de hombre, y al capitán Arnaldo. Chichivalí, porque no descubra su hecho y le impida gozar de Celia, pídele al Rey la libertad de Arnaldo, y otórgasela, y él no quiere acetalla por no dejar a Celia. Descubre Chichivalí al Príncipe toda la historia, y cómo Celia era mujer y no hombre. Aírase el príncipe dél por su traición. Pídele a Arnaldo que quiere oír cantar a su hermano Celio, y hácelo de su cámara.

Personas de la segunda jornada

REY MORO.

PRÍNCIPE.

CHICHIVALÍ, capitán moro.

PALIQUE, capitán moro.

ARNALDO, capitán cristiano.

CELIA, dama.

Salen el REY y el PRÍNCIPE

REY.

Movido por edad larga y cansada,  
quiero, viendo la muerte que me llama,  
darte mi cetro, y sea gobernada  
de ti la dulce patria que te llama.  
No digo en lo que debes hacer nada;  
ya sabes la excelente y viva fama  
de tus predecesores, cuya gloria  
consagra al tiempo la inmortal historia.  
A todo el reino tengo ya mandado  
que te jure en solemne juramento;  
y mi real acuerdo fue otorgado  
con firme y general consentimiento.  
Agora resta ser efectüado,  
y verte, ¡oh hijo!, en el sublime asiento  
que merece tu esfuerzo valeroso,  
y se debe a tu nombre glorioso.

PRÍNCIPE.

Magnánimo señor, usar conmigo  
tal magnanimidad, yo firmo y juro  
que no es hazaña igual, y ante Alá digo,  
echar al mundo todo el yugo duro.  
No tengo en esto que citar testigo;  
el hecho lo será que en lo futuro  
se cantará, y en nuestra edad presente

se esparcirá y se oirá de gente en gente.  
Adquirir con las armas la potencia  
del regio cetro es cosa muy usada,  
mas darlo con tan gran magnificencia  
caso es que admira y cosa no esperada.  
Y así, tu Majestad no haga ausencia  
de gobernar la dulce patria amada.

REY.

Ésta es mi voluntad, y sea la tuya.

PRÍNCIPE.

La mía es que la tuya se concluya.

Sale CHICHIVALÍ con CELIA apresada y aún disfrazada de paje

CHICHIVALÍ.

Alto rey, de mi viaje  
no tengo que hacer memoria  
de haber habido victoria  
ni traer grande pillaje.  
Porque, aunque la costa anduve,  
y en Vélez de la Gomera  
entré, no hallé manera  
de robar, ni ocasión tuve.  
Fuele a pagar mi rescate  
a Arnaldo, capitán fuerte,  
y fue tan buena mi suerte  
que sin cuistión ni combate  
este mancebo prendí,  
que te traigo, gran señor,  
digna empresa a tu valor,  
desigual a otro que a ti.

REY.

¿Dónde hicistes esta presa?

CHICHIVALÍ.

En Vélez la cautivé,  
y luego la señalé  
para tu aposento y mesa.

REY.

¿Qué es de la demás armada?

CHICHIVALÍ.

No puede, señor, tardar.  
Mas, a Palique veo entrar,  
que ya debe ser llegada.

Sale PALIQUE con ARNALDO preso

PALIQUE.

De mi jornada dudosa,  
excelente señor, vengo,  
y de toda ella no tengo  
que poder darte otra cosa  
si no es este prisionero  
que cautivé junto al mar;  
tráigotelo a presentar  
por parecer caballero.

REY.

¡Buen lance echastes los dos,  
un niño y un solo hombre!  
¡Entrada ha sido de nombre,  
honra a vos y gloria a vos!  
¿Esto pueden vuestras manos,  
que cien presos traéis atados?

PALIQUE.

Señor, los dos apreciados  
valen más que mil cristianos.

CHICHIVALÍ.

Ap. (¡Oh triste! Arnaldo es aquel,  
que, ardiendo en celosa llama,  
viendo cautiva la dama,  
se dejó cautivar él.  
Mas yo daré orden tal,  
que no pueda hacerme guerra  
enviándolo a su tierra,  
con muestras de liberal.

Se dirige a ARNALDO

Señor Arnaldo, ¿qué es esto?

ARNALDO.

¡Chichivalí, mi fortuna!

CHICHIVALÍ.

No tengas pena ninguna  
que el remedio verás presto.  
Su Majestad hará en ti  
su acostumbrada grandeza,  
usando en ti la franqueza  
que tú, Arnaldo, usaste en mí).

Se dirige al REY

Alto rey, tu majestad  
sabrás que aqueste cautivo  
que aquí está en tu yugo esquivo  
es quien me dio libertad.  
Es Arnaldo, el Capitán  
de Vélez de la Gomera,  
temido en cualquier frontera  
de cuantos corsarios van.  
En un trabado combate  
me cautivó este cristiano,  
y con generosa mano  
me envió por mi rescate.  
Él usó desta grandeza  
conmigo. Tu Majestad  
la misma facilidad  
use, y la propia largueza.

REY.

Yo apruebo, Chichivalí,  
lo que dices: libre vaya,  
con que su rescate traya  
o lo envíe presto aquí.

ARNALDO.

Beso tus pies, alto Rey,  
por merced tan generosa;  
mas juntamente otra cosa  
me otorgues, que es justa ley.  
Y es que también en prisión  
un hermano mío trujeron,  
y a tu Majestad lo dieron  
por único y raro don.  
Que permitieses que él fuese  
y yo quede en su lugar,  
porque él vaya a negociar  
que el rescate se trujese.  
Porque será mal contado

que salga yo de la pena  
y deje en dura cadena  
a mi tierno hermano atado.

CHICHIVALÍ.

Eso es ya demasiaros,  
Arnaldo; yo buscaré  
ocasión y os lo enviaré;  
vos, procurá despacharos.

ARNALDO.

Eso será de la vida,  
mas no de salir de aquí.

CHICHIVALÍ.

Ap. (En pie se está el Rey allí,  
y es cosa descomedida.  
Yo me encargo de tratallo  
de modo que libre sea).

REY.

Hacé que se le provea  
recaudo para envíallo.           Vase

PRÍNCIPE.

Arnaldo, ¿de dónde eres?

ARNALDO.

De Vélez de la Gomera,  
capitán fui en su frontera.

PRÍNCIPE.

Y lo serás, si quisieres.  
¿Cómo fue tu hermano preso?

ARNALDO.

No te sabré dar razón.  
Sé que yo fue la ocasión  
del infausto y duro exceso.  
Y, pues yo lo fui, yo quiero  
morir con él, pues él muere.

PRÍNCIPE.

¿Tanto un hermano se quiere?

ARNALDO.

Quiérollo, pues por él muero.

PRÍNCIPE.

¿Qué partes tan excelentes  
le dio el generoso cielo?

ARNALDO.

Que, que lo tiene en el suelo,  
porque en cielo estén las gentes.

PRÍNCIPE.

¿Deseas verlo, cristiano?

ARNALDO.

Señor, no deseo otra cosa.

PRÍNCIPE.

Pues, ésa te es tan gustosa,  
entra y habla con tu hermano,  
que no es justo a un afligido  
afligir con nueva pena,  
ni congojar al que pena  
si puede ser guarecido.      Vase Arnaldo

CHICHIVALÍ.

Si me asegura tu Alteza  
que me guardará secreto,  
un caso contar prometo  
que te agrade su extrañeza.

PRÍNCIPE.

Yo te lo doy libremente,  
y con firme juramento.

CHICHIVALÍ.

Pues, señor, oye mi cuento  
sin divertirme al presente.  
Sabrás que aquel paje es dama,  
no paje, aunque lo parece;  
por ésta Arnaldo padece  
y arde, cual yo, en viva llama.  
Cuando fui cautivo dél,  
él a vella me llevaba,  
y en amistad me contaba  
los trances de amor crüel.  
Era tan igual conmigo

en obras y en tratamiento,  
que del alma y pensamiento  
me hacía su testigo.  
De contino me decía  
que esta Celia se criaba  
para su mujer, y estaba  
aguardando el dulce día.  
De tal comunicación  
vino a encenderse tal fuego  
en mi alma, que sosiego  
no tuvo mi corazón.  
Contábame partes della,  
que la menor era tal,  
que daba fuerza a mi mal,  
nuevo fuego a mi centella.  
Entre mí me consumía  
sin osar mostrar mi pena,  
puesto el cuello en la cadena  
por quien libertad huía.  
Hizo amor que quebrantase  
de amistad la fuerza inmensa,  
y a Arnaldo con tal ofensa  
las buenas obras pagase.  
Determiné, y no fui yo  
el que me determiné;  
amor fue, y por amor fue,  
ante quien me cautivó.  
Y estando Arnaldo presente,  
le rogué que sin debate  
me dejase ir por rescate;  
lo cual hizo fácilmente.  
Partíme luego al momento;  
llegué aquí; junté en un punto  
mi rescate y, con él junto,  
volví a Vélez como el viento.  
Fue tan dichosa mi suerte  
que pudiese cautivar  
a quien me hizo tomar  
y ofrecer a dura muerte.  
Arnaldo, sin duda alguna,  
como viese cautivalla,  
determinó acompañalla  
y ofrecerse a la Fortuna.  
Ésta es, Príncipe, la historia  
de Celia, en Celio mudado.  
Cumple la fe que me has dado

de no dar desto memoria.

PRÍNCIPE.

¡Oh perro, infiel, mal moro!

¿Tan gran maldad cometiste?

¿A tal bien, tal mal hiciste?

¿Así guardaste el decoro?

Perro, di, ¿tan gran traición  
se sufre? ¡Alá te confunda,  
y al hondo infierno te hunda  
a eterna condenación!

¡Oh, perro, sin fe y sin ley,  
transgresor del Alcorán,  
enemigo del Sultán,  
oprobio del Dios Muley!

¡Vete, no pares aquí!

¡Del ciclo fuego descienda  
que te abrase! ¡Alá te ofenda,

cual Arnaldo lo es de ti!       Vase Chichivalí

Ap (¡Ay Celia, cielo! ¡Ay, amor!

¡Ay fuerza de tu belleza!

¡Ay divina gentileza,  
vista para mi dolor!

¿Qué pudo ser que en el punto,  
ay Celia, que oí nombrarte,  
ardí en celo, y fui a entregarte  
la libertad y alma junto?

¿Es posible tal hazaña,  
que, siendo Celia cautiva,  
así a los libres cautiva  
en cautividad extraña?

Tú de mí eres elegida,  
y Chichivalí y tu esposo,  
ambos en deseo amoroso,  
podrán consumir su vida.  
Nadie presuma seguirte,  
porque, siendo tú divina,  
cuál persona humana es dina  
de poder, Celia, servirte.

Yo solo te he de servir;  
tú sola en mí tienes parte;  
yo solo debo adorarte;  
tú sola darme el vivir).       Vase

Salen ARNALDO y CELIA

ARNALDO.

Celia, luz del alma mía,  
¿cuál cielo airado os ha puesto  
en tan infelice puesto  
por tan miserable vía?

CELIA.

No sé, Arnaldo, mi señor,  
en qué Celia ofendió al cielo,  
que viese a vos mi consuelo  
vencido, de vencedor.

ARNALDO.

Gloria mía, no os dé pena  
ver mi cautiverio duro,  
que, en fe de ser vuestro, os juro  
que no siento mi cadena;  
porque teniéndoos presente,  
y ver, viendo mis enojos,  
esos regalados ojos,  
mi esquivo mal no se siente.

CELIA.

No sé qué poder deciros  
del grave dolor que siento,  
y por testigo os presento  
mis lágrimas y suspiros.  
Éstos crecen viendo (¡ay suerte  
buena, pues la quiere Dios!)  
la miseria de los dos,  
viéndoos tal fin ver mi muerte.

ARNALDO.

Celia, ciclo mío, ¿qué modo  
tenéis para que se encubra  
quién sois, y no se descubra  
porque no se pierda todo?  
Usad, ángel mío, en el trato  
de libre afabilidad;  
hablá con facilidad,  
sin dar muestra de recato.  
También os permitiré  
usar de desenvoltura,  
cosa a vos pesada y dura,  
y más a mi pura fe.  
Con el Rey, sed diligente

cuando estéis en su presencia;  
no olvidéis vuestra prudencia  
en tratar la demás gente.  
Todos os tienen por hombre,  
engañados por el traje;  
ven que al Rey servís de paje  
y que Celio es vuestro nombre.  
Con esto será encubierto  
lo que conviene encubrirse,  
y así podrá conseguirse  
el reparo al bien incierto.

CELIA.

Todas las artes posibles  
uso, y cautelas no usadas,  
ficciones disimuladas  
y cosas de mí increíbles.  
Y esto hago de manera  
que aun a mí misma me engaño,  
con un disimulo extraño  
que se engañará quienquiera.  
El Rey me queda aguardando,  
Arnaldo mío, yo voy,  
y no voy, que en vos estoy  
con el alma contemplando.

ARNALDO.

Testigo, Celia mía, es Dios,  
si, cuando ausente me veo,  
no me arrebatara el deseo  
que transformar me hace en vos.

CELIA.

Seguro estaréis de mí.

ARNALDO.

Sí lo estoy, y muy seguro.

CELIA.

Arnaldo, yo os aseguro  
que seré cual siempre fui.

ARNALDO.

Pues yo no podré mudarme.

CELIA.

Ni yo, aunque muera, no amaros.

ARNALDO.

Yo morir, y no olvidaros.

CELIA.

Yo, aunque me vo, no apartarme.      Vase

ARNALDO.

¡Ay, mi Celia, luz del cielo!  
¿Qué poder hay tan bastante  
que os me quite de delante  
para dar fuerza a mi duelo?  
¿Es posible? No es posible,  
que Celia se fue. ¡Ay de mí!  
No se fue que, aunque ir la vi,  
a mis ojos es visible.

Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE.

Arnaldo, ¿hablaste a tu hermano?

ARNALDO.

Señor, sí, ya le hablé,  
y mi duelo reparé  
con un bien tan soberano.

PRÍNCIPE.

¿Tanto amor tienes con él?

ARNALDO.

Ámolo más que a mi vida.

PRÍNCIPE.

¡Oh hermandad bien conocida  
en un trance tan crüel!  
Tu hermano ¿qué partes tiene  
para tú quererlo tanto?

ARNALDO.

Señor, de oírte me espanto;  
querer bien, por razón viene.  
Y después de ser mi hermano,  
por donde de mí es amado,  
es gentil hombre avisado

y es músico soberano.

PRÍNCIPE.

¿Músico? Muy gran contento  
tengo que Celio lo sea.

ARNALDO.

Pues es cuanto se desea  
en la tierra oír su acento.

PRÍNCIPE.

¿De qué es músico? ¿Es de voz,  
o de tañer juntamente?

ARNALDO.

De ambas es tan excelente,  
que lo hizo solo Dios.

PRÍNCIPE.

Pues, tanto me lo engrandesces,  
Arnaldo, en faltando el día,  
una música querría  
dar, y que tú la adereces.  
Traerás tu hermano contigo,  
su instrumento aderezado.

ARNALDO.

Cual de tu alteza es mandado,  
así a cumplillo me obligo.

PRÍNCIPE.

De mañana en adelante  
en mi cámara estarás,  
y el más privado serás,  
pues hay razón tan bastante.

ARNALDO.

Beso tus reales manos,  
Príncipe, cuya alta gloria  
será en el mundo notoria,  
cantada de los cristianos.

TERCERA JORNADA

## Argumento de la tercera jornada

Enamorado el Príncipe de Celia, la lleva a dar una música; descúbrele su afición y aclárase con ella, como sabe que es mujer. Después de haber pasado muchos donaires, vase el Príncipe a acostar. Chichivalí, hallando sola a Celia, quiere forzalla; acude Arnaldo; ponen mano a las espadas y mata al moro; préndelo la justicia. Sale el Príncipe al ruido; hace dejar a Celia; llevan a la cárcel a Arnaldo.

## Personas de la tercera jornada

PRÍNCIPE.

CELIA.

ARNALDO.

CHICHIVALÍ.

JUSTICIA.

## Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE.

Amor, bien justamente  
al cielo piadoso  
me quejaré de ti y tu insolencia,  
como aquel que ya siente  
tu fuego riguroso  
y se ve, siendo libre, en tu obediencia.  
No pudo mi potencia  
ni mi cetro real, amor tirano,  
que la crüel fiereza,  
la ira y aspereza,  
la poderosa y vengativa mano  
volvieses contra aquella  
Celia inhumana, dura, ingrata y bella.  
¿No me ves cómo ardo?  
¿No ves que no es posible  
descubrir lo que siente el alma mía,  
y solamente aguardo,  
en mi dolor terrible,  
que tú me abras saludable vía?  
Ya sabes que me guía  
tu dulce fuego a la inmortal belleza  
de Celia. ¡Ay amor fiero,  
cuán sin remedio muero  
por no mostrar al mundo mi flaqueza!  
Mas ¿quién me pondrá culpa

sí amor me absuelve y Celia me disculpa?  
Yo determino en esto  
no mirar qué se diga,  
pues nadie siente el mal que triste siento.  
Sea ya manifiesto  
el dolor que me instiga.  
Redímase mi esquivo y cruel tormento.  
Diré mi pensamiento  
a Celia, causa de que yo padezca.  
Y si no consintiere,  
y mi querer no hiciere,  
por fuerza le haré que lo obedezca.  
Mas, ya viene mi cielo,  
mí Celia viene a remediar mi duelo.

Se dirige a CELIA que sale

Celia, ¿venís a cumplir  
lo que os envié a mandar,  
que viniéseis a cantar  
porque os deseaba oír?

CELIA.  
Señor, siéndome avisado  
que tu alteza lo mandaba,  
aunque mal dispuesto estaba,  
vine a cumplir tu mandado.

PRÍNCIPE.  
¿Mal dispuesto? ¿Qué sentís?

CELIA.  
Dolor en el corazón.

PRÍNCIPE.  
Ap. (¡Fuera por mí esa pasión!)  
Decí, Celio, y ¿cuál venís?

CELIA.  
Mejor me siento, señor.

PRÍNCIPE.  
Yo me huelgo que lo estéis.  
Pues cantá y aliviaréis,  
que el canto alivia el dolor.

## Canción

CELIA.

No hay esperanza en que espere  
quien vive desconfiado,  
que amor y un duro cuidado  
le hacen que desespere.  
Dar cabida a la esperanza  
es dar al cuidado fuerza,  
por donde a ofender se esfuerza  
de amor la esquivada mudanza.  
¿Qué bien espera el que muere  
de su bien desconfiado?  
Que amor y un duro cuidado  
le hacen que desespere.  
Fabrica el ciego amator  
mil vanas torres de viento  
fundadas sobre un cimiento  
tan frágil como es amor.  
Dícele el deseo que espere  
con el cual vive engañado,  
que amor y un duro cuidado  
le hacen que desespere.

PRÍNCIPE.

¡Oh voz para el dios que adoro!  
¡Celio divino y no humano!  
Celio, el cielo soberano  
¿qué vale sin ti su coro?  
Celio, agravio te hace el cielo  
que la tierra te posea,  
si no es que quiere que vea  
por ti su grandeza el suelo.

CELIA.

Dar tan subido favor,  
gran Príncipe, a mi bajeza,  
es propio de la grandeza  
que corresponde al dador.  
Indigno soy de tal nombre;  
no sé quién pueda alcanzallo,  
ni quién otro que tú dallo,  
haciendo divino a un hombre.

PRÍNCIPE.

Darte, Celio, lo que es tuyo;

ninguna cosa te doy.

CELIA.

Casi por correrme estoy.

PRÍNCIPE.

Celio, ser cielo concluyo.

CELIA.

¡Ojalá que yo lo fuera!

PRÍNCIPE.

¡Ojalá que tú lo fueras  
porque al cielo me subieras!

CELIA.

No sé en eso qué hiciera.

PRÍNCIPE.

¿No me llevarás contigo?

CELIA.

El cielo no tiene mando.

PRÍNCIPE.

Dime sí, aunque sea burlando.

CELIA.

Burlando, que sí te digo.

PRÍNCIPE.

Contento me da hablarte.

CELIA.

Señor, ya parece hora,  
y por mejor tendré agora  
que ese contento, acostarte.

PRÍNCIPE.

No es tan fácil mi cuidado  
que me deje reposar.

CELIA.

Bien podrás imaginar,  
en tu cuidado acostado.  
Que estar a tal hora así,

y en la calle, es cosa injusta.

PRÍNCIPE.

¿Si dello mi alma gusta?

CELIA.

Si gusta, no guste aquí.

PRÍNCIPE.

Celio, a ti solo me da  
deseo de hablarte, y quiero  
contarte el mal de que muero.

¡Vosotros entraos allá!      Vanse los músicos

CELIA.

Ya te he dicho que no es hora  
y que está tu alteza en pie.

PRÍNCIPE.

Justo es que el cuerpo lo esté  
ante quien el alma adora.

CELIA.

Tu alteza no se detenga.

PRÍNCIPE.

Quiero mostrarte una dama.

CELIA.

Más es hora de la cama  
que de materia tan luenga.

PRÍNCIPE.

¿No te holgarás de vella?

CELIA.

Señor, dándote a ti gusto,  
a mí no será desgusto.

PRÍNCIPE.

No, porque en extremo es bella.  
Tiene más: que es conocida  
de ti, y de ti es amada;  
fue dentro en Vélez criada,  
y en Vélez también nacida.

CELIA.

¿En Vélez de la Gomera?

PRÍNCIPE.

Sí, y allí la cautivaron,  
y con ella me enlazaron  
vida y alma hasta que muera.

CELIA.

¿Está muy lejos de aquí?

PRÍNCIPE.

No, que muy cerca la veo.

CELIA.

Tú quieres, a lo que creo,  
que el día nos coja aquí.

PRÍNCIPE.

¡Vamos!, ¿que es tarde, señor?  
Vamos, mas por una piesa  
quiero que tú seas princesa  
y yo ser tu servidor.

CELIA.

No entiendo lo que me dices;  
a ser príncipe, lo hiciera,  
mas, princesa, ¡guarda fuera!

PRÍNCIPE.

Selo, y no te escandalices,  
que a trueque de irme mandando  
bien lo puedes aceptar.

CELIA.

Que... ¿te tengo de mandar?

PRÍNCIPE.

Sí, y yo hacer tu mandado.

CELIA.

Sea enhorabuena así.  
Yo empiezo: ¡hola, cñado!,  
¿has mi sala aderezado?

PRÍNCIPE.

Antes que viniese aquí.

CELIA.

¡Más crianza y más respeto  
al responder, majadero!  
¿Habláis a algún escudero?,  
¡decí, bárbaro, indiscreto!  
¡Toma aquí! ¿No os destocáis?  
¿Quién os enseñó a servir?

PRÍNCIPE.

¿Quién? Quien me obligó a morir.

CELIA.

¡Badajo!, ¿devaneáis?  
¿Llevastes aquel recaudo  
a la dama que os mandé?

PRÍNCIPE.

Señor, sí, ya lo llevé.

CELIA.

¿Todavía habláis tocado?  
De hoy, más serviréis de copa  
al mozo del cocinero;  
¡y ayudad al barrendero!

PRÍNCIPE.

¡Y aun seré su guardarropa!

CELIA.

¡Bailá, que me daréis gusto!

PRÍNCIPE.

Eso no lo sé hacer.

CELIA.

¡Pues, habéislo de saber!

PRÍNCIPE.

Ya lo sé, no hayáis disgusto.

CELIA.

¿Qué disgusto? ¡Pasá aquí!  
¿A mí habíais de disgustarme?

PRÍNCIPE.

Señor, quered perdonarme,  
que de necio hablé así.  
Y el no serviros al fin,  
cual debo, es porque yo he sido  
continuamente servido.

CELIA.

No moriréis de rüin.  
Sin deteneros más punto,  
mando que os vais a acostar.

PRÍNCIPE.

Eso podéis perdonar  
que con vos tengo de ir junto.  
No sufre el dolor que siento,  
ángel mío, en mal tamaño,  
que viva con más engaño  
por tan largo sufrimiento.  
Vos sois mi bien y tesoro;  
vos mi gloria, y si ser tengo  
es por vos, y por vos vengo  
al martirio que yo adoro.  
No queráis que desespere;  
dad remedio a mi cuidado,  
que en la fe de que os he amado  
manda amor que el premio espere.

CELIA.

¿Qué premio quiere de mí?  
¿Está fuera de razón?

PRÍNCIPE.

No lo estoy; ni de pasión,  
desde el momento que os vi.

CELIA.

¿En eso viene a parar  
la burla de nuestro juego?  
Pues, hermano, ¡guarde el fuego  
que lo debe de llamar!

PRÍNCIPE.

¿Fuego?, ¡en él estoy ardiendo!  
¡Cuerpo y alma en fuego arde!

CELIA.

¡Llegará el socorro tarde!

PRÍNCIPE.

No hará, ¡que estoy muriendo!;

¡Celia mía, por vos muero,  
a vos adoro, a vos amo!

CELIA.

Celio, y no Celia, me llamo.

PRÍNCIPE.

Celia sois, y a Celia quiero.

Permitidme, Celia mía,  
que ya las burlas dejemos  
y los mandos destroquemos  
porque ya no se sufría.

Volved, Celia, a vuestro traje,  
y a mí volvedme mi mando,  
que, en virtud de amor, os mando  
que seáis Celia, y no seáis paje.

CELIA.

Buen modo de no cumplir  
la palabra que me distes  
cuando princesa me hecistes  
prometiéndome servir.

PRÍNCIPE.

Mi palabra cumpliré  
si amor me diere lugar,  
pues él me ha de gobernar,  
pues él enciende mi fe.

CELIA.

Dejad razones, ¿no oís,  
mozo, que habláis entre vos?

PRÍNCIPE.

¡Que vos, Celia, sois mi dios!

CELIA.

¡Badajo, mal acudís!  
Sin deteneros momento,  
mando que a acostar os vais  
que es ya hora y, si aquí estáis,

os pondré en crudo tormento.

PRÍNCIPE.

¡Que más que el que mi alma siente  
ni lo hay en todo el mundo,  
ni el más crüel del profundo  
es igual del mío presente!

CELIA.

Ya es hora de ir a acostarse.

PRÍNCIPE.

Sí, ya es hora; Celia, vamos.

CELIA.

Vaya él solo, que dejamos  
ir la noche en florearse.

PRÍNCIPE.

¿Quién tiene de descalzarme  
que yo hacer no lo sé?

CELIA.

¿Quién? Un paje le enviaré,  
porque ha sabido agradarme.  
Véngase detrás de mí,  
que aún no se acaba mi mando.

PRÍNCIPE.

Tras ti voy, Celia, penando,  
transformada el alma en ti.                      Vanse

Sale CHICHIVALÍ

CHICHIVALÍ.

Divina Celia, ¿qué deidad te asconde?  
¿Qué lugar tu belleza eterna mira,  
privando de tu luz pura mis ojos?  
¿Quién contra mí y en daño mío conspira  
tanto mal? ¿Quién con ira corresponde  
a mi fe ardiente, y causa mis enojos?  
¿Quién goza los despojos  
que yo gané en virtud de amarte tanto?  
¿Gózate, Celia, el cielo?  
Celia, ¿dejaste el suelo?  
¿Subióte allá Mahoma o Alá santo

por privar de consuelo  
los hombres, y a mí triste, a quien tú dejas  
ardiendo en celo, ausencia, en llanto, en quejas?  
¿No rompí yo las ondas de Nereo  
con designio amoroso, procurando,  
Celia, verme en el cielo de gozarte?  
Pues, si fui los peligros contrastando,  
y por ti iré ardiendo en mi deseo  
varias navegaciones a buscarte,  
¿quién hay que sea parte  
de apartarme de ti? ¿Qué nos divide?  
¿Qué mando poderoso,  
qué fuego riguroso,  
qué rayo ardiente a queste bien me impide?  
¿Qué Dios, contra mí odioso,  
de mí te asconde y deja, pues te alejas  
ardiendo en celo, ausencia, en llanto, en quejas?

Sale CELIA hablando sola

CELIA.

¿Quién se podrá defender  
de tan peligrosos daños?  
Y contra tantos engaños,  
¿dónde hay fuerzas ni saber?  
Descubierto es mi secreto;  
Chichivalí lo aclaró,  
con que al Príncipe encendió  
y a mí puso en duro aprieto.  
No sé qué forma tenerme,  
recios enemigos tengo,  
y aunque la guerra sostengo,  
no sé cómo defenderme.  
El Príncipe me persigue,  
que entiende el perdido moro  
que Arnaldo, el bien que yo adoro,  
dejaré porque él me sigue.  
Esta noche me ha traído  
con mil arengas hablando,  
y yo, oyéndolo y burlando,  
al fin lo dejo dormido.  
Mas, ¡ay fortuna enemiga!,  
allí está Chichivalí,  
porque no me falte a mí  
quien me ofenda y me persiga.

CHICHIVALÍ.

¡Luz del cielo, Celia mía,  
que el cielo me dio en despejos!,  
¿por qué negáis a mis ojos  
los vuestros, luces del día?  
¿Es posible que con ira  
los levantéis cuando os miro,  
y que mi tierno suspiro  
os ensaña y os aíra?

CELIA.

Bien excusada estuviera,  
Chichivalí, esa razón.

CHICHIVALÍ.

A excusarse mi pasión,  
razón justísima fuera.  
Dime, Celia soberana,  
por qué mi dolor consientes.

CELIA.

Mas, ¿cómo mi humor no sientes,  
pues me pides que sea humana?

CHICHIVALÍ.

Quiero que entiendas de mí  
que he de gozar tu belleza  
o seré, con aspereza,  
crüel verdugo de ti.  
Abriré ese bello pecho,  
duro a mi mal y obstinado,  
y por mí despedazado,  
yo quedaré satisfecho.

CELIA.

Eso no pone temor  
a mi firme y casto intento,  
que el morir por gloria siento  
por dejar vivo mi honor.

CHICHIVALÍ.

No sabes que mi deseo  
me llevó, Celia, a buscarte,  
y él me hizo cautivarte  
y traerte a do te veo.

CELIA.

¡Buen premio fue el que saqué  
de libre verme cautiva!

CHICHIVALÍ.

Eso no te haga esquivar,  
que yo soy el que preso fue.  
Tú sola eres ocasión  
que reniegue de ser moro  
y Alá deje, el Dios que adoro,  
y a ti dé mi corazón.                      Se acerca a ella

CELIA.

Chichivalí, no te muevas  
ni uses descomedimiento,  
que no moverás mi intento.

CHICHIVALÍ.

¡Mi brazo hará que lo muevas!

Intenta forzarla

CELIA.

¡No es tu fuerza poderosa  
si mi Dios la mía ayuda!

CHICHIVALÍ.

¡Aunque en tu favor acuda,  
no saldrás hoy victoriosa!

Sale ARNALDO

ARNALDO.

Ap (¡Oh, cielo! ¿Tal se consiente,  
que se atreva un perro moro  
a un ángel del alto coro  
sin que con muerte escarmiente?  
¡No verás lo que deseas,  
perro! ¡Yo lo estorbaré,  
y el alma te sacaré  
antes que tal gloria veas!)                      Lo agarra

CHICHIVALÍ.

¡No porfíes, que es locura!  
¿No ves que a mi fortaleza  
se rinde ya tu flaqueza?                      Forcejean

CELIA.  
¡No el alma firme y segura!

CHICHIVALÍ.  
La débil fuerza te falta.  
Celia, ven en lo que quiero.

CELIA.  
¡No, perro, morir primero  
que a Celia pongan tal falta!

ARNALDO.  
¡Desvíate! ¡Fuera, perro!  
¡Deja a Celia! ¡Vente a mí!  
¡Que tú morirás aquí  
pagando tu grave yerro!

CHICHIVALÍ.  
¡Oh, perro, bajo cristiano!  
¿A Chichivalí te atreves?

ARNALDO.  
¡Sí, moro, y haré que lleves  
premio de tu intento vano!

CHICHIVALÍ.  
¡Si Mahoma descendiera,  
tu vida no reparara!

ARNALDO.  
¡La suya y tuya quitara,  
y a entrambos la muerte os diera!

CHICHIVALÍ.  
¡Perro!, ¿así blasfemas dél,  
siendo el Dios del Alcorán?

ARNALDO.  
¡Dile que de aqueste afán  
te libre, pues crees en él!      Le clava la espada

CHICHIVALÍ.  
¡Ay Alá, que muerto soy

ARNALDO.

¡Perro, muerto y condenado,  
a dura muerte entregado,  
con que satisfecho voy!

Sale la JUSTICIA

JUSTICIA.

Gran alboroto y ruido  
destaparte he estado oyendo,  
y la causa no la entiendo,  
aunque las voces he oído.

ARNALDO.

¡Celia, la justicia viene!

CELIA.

¡Cielo!, senos favorable,  
y en paso tan miserable  
da el favor que nos conviene.

JUSTICIA.

¡Tente, cristiano! ¿Dó vas  
con esa espada en la mano?

ARNALDO.

A palacio, yo y mi hermano.  
¿Quiere que le diga más?

JUSTICIA.

¡Ay traidores! ¿Quién ha muerto  
este que muerto está aquí? Señala a Ch. muerto

ARNALDO.

Quien muerte le dio, yo fui.

CELIA.

Quien lo mató, fui yo, cierto.

JUSTICIA.

Ambos a dos pagaréis.

ARNALDO.

Señor, yo solo lo he hecho.

CELIA.

No es justo que en tal estrecho,

por librarme, os condenéis.  
Yo soy el que lo maté,  
y no Arnaldo, ciertamente.

ARNALDO.  
En la espada está reciente  
la sangre que le saqué.

JUSTICIA.  
Ambos iréis a prisión,  
y allá os descargá los dos.

CELIA.  
Yo debo ir presa, y no vos.

ARNALDO.  
Yo sí, no vos, ni es razón.

JUSTICIA.  
Averigüemos cuál es  
en este hecho el culpado.

CELIA.  
Ha delito confesado.  
¿Qué más demanda un jüez?

ARNALDO.  
Yo lo maté, y esto es cierto.

CELIA.  
Yo lo hice y no vos, hermano.

ARNALDO.  
Esta sangre desta mano  
indicio es de haberlo muerto.

Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE.  
¿Qué es esto? ¿Qué novedad  
es esta de tal ruido,  
que de casa me han traído  
con tanta celeridad?

JUSTICIA.  
Es la cosa más extraña

que los hombres jamás vieron;  
ni todos los que escribieron,  
escribieron tal hazaña.  
Yo vine a un ruido incierto  
y a estos dos hombres hallé,  
y, asidos, les pregunté  
quién aquel hombre había muerto.  
Cada uno se condena  
descargando el uno al otro;  
éste dice que él, y esotro  
pide del hecho la pena.  
Pues ha venido tu Alteza,  
provea qué se hará,  
porque mi juicio está  
perplejo en tal extrañeza.

PRÍNCIPE.

¿Quién dio la muerte a este hombre?

CELIA.

Señor, yo, con esta mano.

ARNALDO.

No des crédito a mi hermano,  
yo soy digno de ese nombre.

JUEZ.

Ambos confiesan el hecho,  
paguen ambos igualmente,  
que ésta es razón concluyente  
y fundada en buen derecho.

PRÍNCIPE.

Decíme, ¿cómo es posible,  
si este muchacho ha un momento  
que salió de mi aposento?  
¿No veis vos que es imposible?  
Llevad a esotro en prisión  
que esotro no debe nada,  
y la causa substanciada  
ponelda en ejecución.

JUSTICIA.

Será de mí obedecido  
de tu Alteza el real decreto.

PRÍNCIPE.

¡Id, poneldo por efeto,  
pues ya queda convencido! Vanse Just. y Arn.

Se dirige a CELIA

Celia mía, ¿así querías  
ofrecerte a dura muerte?

CELIA.

Tú me ofreces a esa suerte,  
pues la vida me desvías.

PRÍNCIPE.

Volved los ojos, señora,  
a quien os está adorando.

CELIA.

Aún no se acaba mi mando,  
que las doce son agora.  
Dejá agora de tratar  
en cosa tan excusada,  
y su alma sosegada  
se vaya luego a acostar.

PRÍNCIPE.

¿Cómo puede haber sosiego  
un alma triste que pena,  
que ve el cuerpo en la cadena,  
y ella ardiendo en vivo fuego?  
No pido, Celia, a mi Dios,  
más de que mi mal os duela.

CELIA.

¿Que es cierto que eso os desvela?

PRÍNCIPE.

Alma, decíselo vos.

CELIA.

Váyase con eso agora,  
y amanecerá mañana.

PRÍNCIPE.

Voyme, Celia soberana.

CELIA.

Vaya con el dios que adora.

#### CUARTA JORNADA

##### Argumento de la cuarta jornada

El Príncipe sale muy enamorado de Celia; Palique lamentando la sentencia de muerte que contra Arnaldo había dado el Rey por la muerte de Chichivalí. Viene Celia, pide al Príncipe favorezca a Arnaldo. Otórgaselo: manda llamar al alcaide que lo tenía en prisión; conciertan que ejecuten en otro condenado a muerte, diciendo ser Arnaldo, a hora que no fuese conocido. Hácelo así. Muestran al Rey el degollado diciendo que es Arnaldo. Velo Celia. Pídele al Príncipe la palabra, teniendo por cierta la muerte de Arnaldo. Certificado del caso, el Príncipe hace llevar a Arnaldo a su aposento; pídele a Celia que se lo dará vivo si hace su voluntad. Concédeselo Celia, porque le parecía imposible, por haber visto al otro degollado. Llaman a Arnaldo, queda Celia convencida de la promesa que hizo al Príncipe, el cual le larga la palabra y, dándoles libertad a entrambos, los envía a su tierra.

##### Personas de la cuarta jornada

PRÍNCIPE.

PALIQUE.

CELIA.

ALCAIDE.

REY.

JUSTICIA.

##### Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE.

Áspero amor, ¿por qué me traes muriendo  
sin dar remedio a aquesta miserable  
alma, que en tu cruel fuego vive ardiendo?

¿No das tú oído al llanto lamentable  
que ejercitó la noche y largo día  
con pena eterna y mal intolerable?

¿Por qué no abres una estrecha vía  
que al bien me lleve y me desvíe del daño  
que crece en la crueldad de Celia mía?

Si tú no le revelas el engaño  
en que vive, y le dices mi firmeza

al mal que siento, por su causa extraño.  
¿Qué premio esperaré de mi tristeza?  
¿Qué regalo a mi esquivada desventura?  
¿Qué favor de su inmensa gentileza?  
Mas, ¡ay de mí!, que aunque el deseo procura  
mi remedio, él enciende el fuego ardiente  
que va en aumento con mi pena dura.  
Amor, amor, ¿por qué tu ley consiente  
tal inhumanidad, y viene en ella  
que muera yo por quien mi mal no siente?  
Haz, pues mi alma abrasa la centella  
de su divina luz, que mi alma sienta,  
igualmente que yo, la causa della.  
Razón será, pues contra ti sustenta  
obstinación eterna el firme pecho  
que no estima tu fuego ni mi afrenta.  
Líbrame deste peligroso estrecho,  
amor benigno, amor suave y tierno,  
amor por quien soy en lágrimas deshecho.  
De mi alma te he dado ya el gobierno,  
de ti se rige, tú la guías y llevas  
a la aspereza de aquel seno eterno,  
por quien tu ira sobre mí renuevas.

Sale PALIQUE hablando solo

PALIQUE.

¡Oh, inhumanidad jamás oída!  
¡Terrible ejecución, ley rigurosa  
que así condenas a privar de vida  
a quien merece vida gloriosa!  
Arnaldo ilustre, cuya esclarecida  
virtud canta la Fama generosa,  
hoy el severo Rey manda que mueras,  
hoy morirás, mas gloria eterna esperas.  
Si mueres hoy, hoy muere y hoy fenece  
de la marcial milicia la memoria,  
que, con tu vida, Arnaldo, se engrandece,  
y, con tu gran virtud, vive en su gloria.  
Muriendo tú, la piedad perece,  
con los vencidos dándoles victoria.  
¡Ay poderosa España, si supieras  
el mal que te hacen, cuánto más hicieras!  
Por dar a un falso moro digna muerte,  
¿tal sin razón el justo Alá permite,  
y da lugar que tan horrible suerte

se ejecute sin que haya quien la evite?  
El Rey no mueve el pecho esquivo y fuerte  
que, humilde, ruego; ni descargo admite,  
diciendo «muera, muera el cruel cristiano,  
que puso en mi Bajá violenta mano.»

PRÍNCIPE.

Palique, ¿dónde vas? ¿de quién te quejas,  
esparciendo tus lástimas al cielo?

PALIQUE.

Príncipe excelso, di, ¿por qué te alejas  
de remediar tan miserable duelo?  
Dar muerte al Capitán Arnaldo dejas,  
cuya inhumanidad admira el suelo.  
Derogue tu piedad tal insolencia.  
Tu valor tan tiránica sentencia.  
Yo voy con toda instancia, que al momento  
vaya el alcaide que en poder lo tiene  
ante el airado Rey, que el crudo intento  
pone en que muera, y dice que conviene.

PRÍNCIPE.

¿Y dó el alcaide? ¿Qué es su pensamiento?

PALIQUE.

Que la severa ejecución ordene,  
y luego le dé muerte al desdichado,  
que con rigor su ira ha condenado.

Sale CELIA

CELIA.

Príncipe, ¿en tal desventura  
te hallo ausente de mí?  
Si tu favor falta aquí,  
triste, ¿qué bien me asegura?  
Airado se muestra el ciclo;  
tu padre, duro y severo,  
condena a martirio fiero  
a mi hermano y mi consuelo.

PRÍNCIPE.

Celia, si en mi mano está,  
cuanto es posible haré.

CELIA.

Con menos remediare  
el mal que me acaba ya.

PRÍNCIPE.

Al alcaide da el recaudo  
que mi padre te mandó,  
y que venga a donde está  
antes que le haya hablado.

PALIQUE,

Señor, yo voy a cumplir  
lo que mandas, sin tardarme.      Vase

PRÍNCIPE.

Pues, si quieres agradarme,  
procura presto venir.  
Se dirige a Cel. Celia mía, ¿en tal extremo  
te pone el mal de tu hermano?  
Pues yo quiero que veas llano  
cuánto tu desgusto temo.

CELIA.

No pongo duda ninguna,  
que la vida des a aquél,  
que vive mi vida en él,  
y mi muerte en su fortuna.

PRÍNCIPE.

Más que eso puede mi pena,  
y más tu poder conmigo,  
más amor que, por quien digo,  
el alma a fuego condena.

Sale el ALCAIDE

ALCAIDE.

Un recaudo se me dio,  
Príncipe, del Rey, y luego  
otro, que sin más sosiego  
donde estás viniese yo.  
Aquí estoy aparejado;  
mira, Príncipe, qué quieres,  
que haré lo que pidieres  
como tu más obligado.

PRÍNCIPE.

Donde está mi padre irás,  
alcaide, y en el momento  
que diga su pensamiento,  
aquí donde estoy vendrás.

ALCAIDE.

Eso será obedecido,  
cual me lo manda tu Alteza.

PRÍNCIPE.

Con gran secreto y presteza.

ALCAIDE.

Con todo serás servido. Vase

PRÍNCIPE.

Celia mía, lo posible  
por servirte intentaré,  
que amor y mi firme fe  
me obligan a lo imposible.  
Da lugar a mi remedio,  
cielo mío; Celia mía,  
deja la tenaz porfía.

CELIA.

No busques en mí tu medio.

PRÍNCIPE.

¿Tan poco vale mi ruego?  
Dulce Celia, ¿no respondes?  
¿El rostro divino escondes,  
después que me has puesto en fuego?  
Enternézcate mi llanto.

CELIA.

No ejercito en otra cosa  
esta alma triste y penosa  
a quien sigue el cielo tanto.

PRÍNCIPE.

El remedio está en tu mano,  
de tu bien, ¡oh dura suerte!

CELIA.

Mi bien consiste en mi muerte,

mi vida en vivir mi hermano.

PRÍNCIPE.

Eso tú podrás hacedlo,  
con sólo condescender,  
Celia mía, en mi querer.

CELIA.

Ya huyo de libre vello.

PRÍNCIPE.

Mas ofrezco a tu servicio  
este reino a ti obediente,  
y por don más excelente,  
el alma mía en sacrificio.  
Si tanto a tu hermano quieres,  
en esto lo mostrarás,  
y así el vivir le darás  
si mi querer consintieres.

CELIA.

Ya te tengo respondido  
que eso no será aunque muera.

PRÍNCIPE.

¡Haréle dar muerte fiera!

CELIA.

¡Muera, y no viva ofendido!

PRÍNCIPE.

Pongamos en esto tregua,  
que no me dejes por otro,  
porque me has de dar el potro  
o te he de matar la yegua.

CELIA.

No tengo qué responder,  
cuando no quemare el fuego  
y el sol tuviere sosiego,  
verás cumplir tu querer.  
Y mientras esto no fuere,  
Príncipe, ten por muy cierto  
que más lo quiero ver muerto,  
que afrentado si viviere.     Vase

PRÍNCIPE.

¡Oh, constancia varonil,  
ánimo jamás movido,  
valor de mujer no oído,  
esfuerzo no femenino!  
No quiero dejar mi estrella,  
pues queda sin su luz pura,  
en triste tiniebla oscura,  
el alma que adora en ella.

Sale el ALCAIDE

Príncipe, ¿a dónde es tu ida?

PRÍNCIPE.

Alcaide, a buscarte voy,  
que en gran sobresalto estoy  
aguardando tu venida.  
Dime lo que el Rey quería,  
no me tengas desta suerte.

ALCAIDE.

Que a Arnaldo le den la muerte,  
luego que nos falte el día.  
Voy al castillo a entregallo  
a la justicia crüel,  
para que ejecute en él  
sin más momento aguardallo.

PRÍNCIPE.

Agora quiero yo ver  
lo que tú harás por mí.

ALCAIDE.

Lo imposible haré por ti.

PRÍNCIPE.

Esto posible ha de ser.  
El Rey, mi padre, ha mandado  
que Arnaldo muera; yo quiero  
que dese castigo fiero  
por mi sea libertado.  
Mira tú si hay modo alguno  
que no muera, Alcaide amigo.

ALCAIDE.

Señor, aunque lo investigo,  
no puedo hallar ninguno.

PRÍNCIPE.

Pues tú lo tienes de dar,  
si gustas darme contento.

ALCAIDE.

En esto, cierto, no siento  
cómo poderte agradar.

PRÍNCIPE.

Mi palabra tengo dada  
y se tiene de cumplir.

ALCAIDE.

¿Que no tiene de morir?

PRÍNCIPE.

No, ni su muerte me agrada.

ALCAIDE.

Pues, tú gustas que no muera,  
yo haré un trueque, de suerte  
que él quede libre de muerte,  
y a otro le den muerte fiera.  
¿Tu Alteza manda más que esto?

PRÍNCIPE.

Esto mando, y esto sea.

ALCAIDE.

Mi alma así lo desea,  
y cumplir lo verás presto.      Vase

PRÍNCIPE.

Si el alcaide hace mi mando,  
yo quedo obligado a él,  
y si no muerte crüel  
le está por ello aguardando.  
Celia, esto es redimirte;  
Celia, esto hago por ti,  
que yo no puedo de mí  
más que adorarte y servirte.

Salen el REY, la JUSTICIA y CELIA

REY.

¿Habéis en aquel fiero ejecutado,  
decí, Justicia, mi real violencia?

JUSTICIA.

Alto Rey, ya lo tengo degollado,  
y cumplido el tenor de la sentencia.

REY.

¡Alzá!, que quiero ser certificado.

Descubren al degollado

¡Oh, traidor!, que quitaste a mi presencia  
el más valiente moro que ha nacido,  
y el que en servirme más leal ha sido.

CELIA.

¡Ay, cielo airado! ¿Tal desdicha veo  
para remate de mi triste vida?  
¡Éste es el fin de todo mi deseo!  
¡Cielo, recibe esta alma dolorida!

REY.

Siendo su hermano del infame reo,  
¿por qué no le evitaron la venida?

Vanse el REY y CELIA

PRÍNCIPE.

¡Levantado de ahí al desdichado,  
y a palacio al momento sea llevado!

Sacan al degollado. Se dirige al ALCAIDE

Di, perro, ¿quedas contento  
de la fe que no cumpliste?  
La palabra que me diste,  
traidor, ¿llevósela el viento?  
¿No te mandé que guardases  
a Arnaldo sin darle muerte?  
Moro, di, ¿de aquesa suerte  
mi voluntad satisfaces?  
¡Vive Alá que has de morir  
por mi mano degollado!

ALCAIDE.

¡Sosiega el pecho alterado!  
¡No me mates sin me oír!

PRÍNCIPE.

¡Enemigo!, ¿qué he de oírte,  
pues mi mando traspasaste?

ALCAIDE.

Señor, lo que me mandaste  
lo hice sin deservirte.  
Y suplicote que quieras  
la cólera sosegar,  
para que te pueda dar  
razón, si razón esperas.

PRÍNCIPE.

¡Perro!, ¿razón hay que darme?

ALCAIDE.

Sí, señor, razón daré,  
y contento te haré  
y aún que quieras perdonarme.

PRÍNCIPE.

¡Di, perro, sin detenerte!

ALCAIDE.

Digo, señor, que el cautivo,  
cual lo mandaste, está vivo,  
que otro fue a quien se dio muerte.

PRÍNCIPE.

¿Qué dices? ¿Estás en ti?  
¿No lo vi yo degollado?

ALCAIDE.

Otro fue el ejecutado.

PRÍNCIPE.

¿No es Arnaldo el que vi allí?

ALCAIDE.

Cuando a pedirme vinieron  
justicia y verdugo el preso,  
cumpliendo tu mando expreso,  
luego que a la cárcel fueron,

otro que le parecía,  
preso y también sentenciado,  
aquél les hube entregado  
por el que se me pedía.  
Ayudó la sombra oscura  
a mi hecho, y desta suerte  
al otro dieron la muerte,  
y a Arnaldo libró ventura.  
Allí lo tengo, señor;  
mira qué mandas que haga,  
que lo que te satisfaga  
haré, cual tu servidor.

PRÍNCIPE.

Alcaide, ¿qué estás diciendo?

ALCAIDE.

Príncipe, lo que has oído.

PRÍNCIPE.

Para ser de ti creído,  
ve y tráemelo aquí corriendo.

ALCAIDE.

Señor, así lo haré.                   Vase a por ARNALDO

PRÍNCIPE.

¡Oh Alcaide, leal vasallo,  
cuán atajado me hallo  
de lo que te injurié!

Sale el ALCAIDE con ARNALDO

ALCAIDE.

¡Este preso te presento,  
Príncipe, muy poderoso!

PRÍNCIPE.

Yo lo acepto más gozoso.

ARNALDO.

Yo, por glorioso me siento.       Se inclina

PRÍNCIPE.

¡Levantáos!, Arnaldo amigo.

ARNALDO.

Dame, gran señor, tus manos,  
fuerte amparo de cristianos.

PRÍNCIPE.

Alá es deso buen testigo.  
Arnaldo, de todo el hecho  
ya tenéis clara noticia,  
y que estorbé a la justicia  
que en vos cumpliese el derecho.  
Yo quise daros la vida  
y el Alcaide que está aquí,  
y a él también como a mí  
igualmente le es debida  
Largo será relataros  
todo lo que sucedió,  
y el discreto orden que dio  
el Alcaide por libraros.  
Id, Arnaldo, a mi aposento,  
y allí quiero que os estéis  
porque, tras desto, veréis  
dó llega mi pensamiento.

ARNALDO.

Dar loor con lengua humana,  
alto Príncipe, a tu alteza  
es ofender la grandeza  
de quien tales cosas mana.  
Y así refreno la lengua  
que no pase más adelante  
porque no se atreva y cante  
y quede, aunque diga, en mengua.

PRÍNCIPE.

Bien está, Arnaldo, id agora  
adonde os dije que vais.

ARNALDO.

Yo voy donde me mandáis  
y el alma va a quien adora.      Vanse el Alc. y Arn.

PRÍNCIPE.

Amor, ábreme camino.  
¿Qué podré hacer en esto?,  
pues ves cuál me tiene puesto  
mi amoroso desatino.

¿Qué haré? No sé qué haga.  
¿Olvidaré el cielo mío?  
¡Oh, traidor, tal desvarío  
cupo en alma que amor llaga!  
Pues, ¿qué medio he de tener?  
A Arnaldo quiero enviar,  
y, él ido, podré gozar  
de mi Celia a mi placer.  
Harto bien le tengo hecho,  
mas no llega el bien al mal  
si, en trueque de vida tal,  
quito el alma de su pecho.  
Celia viene.

Sale CELIA

¡Ay, Celia mía!,  
¿quién te ve que libre quede?  
¿Quién hay que pueda, si puede,  
ver tu luz que ilustra el día?

CELIA.

¡Ay, Príncipe ingrato y fiero!,  
¿Quién de tu valor creyera  
que la fe no me cumpliera  
dada en fe de caballero?  
No sé a quién crédito dé,  
si los príncipes jurando,  
las palabras quebrantando  
no curan guardar la fe.

PRÍNCIPE.

Celia, vida de mi alma,  
sosiega el acerbo llanto,  
y a mí no me culpes tanto  
porque no gané esta palma.  
Mas si a tu dolor esquivo  
remedio quieres poner,  
deja cumplir mi querer,  
y a Arnaldo te daré vivo.

CELIA.

Restituílo en la vida  
no lo podéis hacer vos,  
que solamente de Dios  
ser puede restituída.

Yo lo vi descabezado;  
a mi Arnaldo yo lo vi.

PRÍNCIPE.

Si vivo os lo doy aquí,  
¿daréisme lo demandado?

CELIA.

Cuando pudiera eso ser,  
jamás te lo concediera,  
mas viendo su muerte fiera  
yo lo quiero conceder.

PRÍNCIPE.

¿Que harás lo que demando,  
si a Arnaldo vivo te doy?

CELIA.

¿Ves, Príncipe, cuál estoy,  
y estaste de mí burlando?

PRÍNCIPE.

Jura de cumplir mi ruego  
y veráslo en tu presencia.

CELIA.

Loco estás en mi conciencia.

PRÍNCIPE.

Que lo estoy, yo no lo niego.  
Si haces lo que te digo,  
vivo aquí te lo traire.

CELIA.

Si lo cumples, lo haré,  
y a Dios pongo por testigo.

PRÍNCIPE.

Aguárdame aquí un momento,  
iré por él do lo tengo.      Vase el Prín. con Arn.

CELIA.

Cielo, ¿a tal miseria vengo  
sobre el duro mal que siento,  
que haga burla de mí  
un bárbaro desta suerte,

que al triste a quien dieron muerte  
prometa traerme aquí?

Entra el PRÍNCIPE con ARNALDO

PRÍNCIPE.

Celia, ¿es éste tu deseo?

CELIA.

¡Sí, Príncipe, ésta es mi gloria!

¡Ay confusión! ¡Ay memoria

cautiva! ¿Es él? ¡No lo creo!

ARNALDO.

Yo soy, Celia soberana,

Arnaldo. ¡Vos sois mi cielo!

CELIA.

¡Vos, mi Arnaldo, mi consuelo,

de donde mi vida mana!

PRÍNCIPE.

¿Cumplí lo que prometí,

Celia? ¿Está Arnaldo con vida?

CELIA.

¡Ay, que yo soy convencida,  
por la palabra que di!

¡Ay cuitada! ¿Qué haré?

¿Debo cumplir lo propuesto,

si no es morir más honesto

que en esto cumplir la fe?

ARNALDO.

Celia mía, ¿qué tristeza

os ha dado? ¿Qué tenéis?

¿Qué sentís o qué queréis?

¿Qué os mueve a tal extrañeza?

¿Viéndome libre, lloráis?

No sé, Celia, lo que os diga.

CELIA.

Arnaldo, aquesta fatiga

vos solo me la causáis.

Y, así, quiero brevemente

que entendáis el fundamento

de la pena y mal que siento,  
si en tal paso el alma siente.  
Sabréis, Arnaldo, bien mío,  
que, como os vi degollado,  
al llanto acerbo fue dado  
de mi alma el señorío.  
Viendo el Príncipe que andaba  
siempre en un llanto excesivo,  
me dijo: «si te doy vivo  
a quien tu dolor causaba,  
qué me prometes de dar,  
y vivo te lo daré».  
«¿Vivo?», dije, «yo haré  
cuanto me quieras mandar».  
El Príncipe, que había dado  
orden de guardar tu vida,  
querrá ver mi fe cumplida  
y el juramento guardado.  
Esto me ha entristecido,  
pensar que le he de cumplir  
la promesa. Y el morir  
quiero, y no verte ofendido.

ARNALDO.

¡Oh terrible confusión!  
¡Oh dura y soberbia manda!  
¡Oh justísima demanda!  
¡Oh mi nueva perdición!  
Celia, ¡ay!, cómo diré  
lo que decir no querría,  
que cumplas tú, Celia mía,  
aunque en mi ofensa, tu fe.  
Goce el Príncipe la gloria  
que yo por fe he merecido.  
Coja el fruto a mí debido,  
y triunfe de mi victoria.  
¡Pluguiera al divino Dios  
que yo primero muriera,  
que con estos ojos viera  
a otro gozar de vos!

PRÍNCIPE.

Celia, ¿por qué lloráis tanto?  
Limpia los divinos ojos;  
no deis al suelo despojos  
de esos ojos; dejá el llanto.

¿Habéis dicho a vuestro hermano  
la palabra que me distes  
y el don que me prometistes  
si os lo daba libre y sano?

CELIA.

Señor, sí, ya le he contado  
la palabra que te di.

PRÍNCIPE.

Y qué responde, me di.

CELIA.

Que te cumpla lo mandado.  
Que goce por él tu Alteza  
el bien por quien ha sufrido  
tantos males y ha venido  
a tan mísera bajeza.  
Y dice que si la vida  
le diste porque viviese,  
o porque su honra fuese  
deste modo escarnecida,  
que más merced le hicieras  
darle muerte rigurosa,  
que vivir vida afrentosa,  
pues, muerto, no le ofendieras.

PRÍNCIPE.

Nunca Alá quiera, señora,  
que a tan leal amador  
yo haga tal sinsabor,  
cual de mí recela agora.  
Él se os debe sola a vos,  
y por fe lo merecéis.  
¡Largos años os gocéis  
en gran descanso los dos!

ARNALDO.

Beso tus pies, gran señor,  
por tan alto beneficio,  
y el cielo te sea propicio.

PRÍNCIPE.

Arnaldo, en vuestro favor.

ARNALDO.

Tan magnífica largueza,  
¿cómo puede engrandecerse?

PRÍNCIPE.

La vuestra ha de encarecerse  
por más subida franqueza.

ARNALDO.

Dar la vida ¿hay que le iguale?

PRÍNCIPE.

Dar el alma ¿qué igual tiene?  
¿Qué loor igual conviene  
a cosa que tanto vale?

ARNALDO se dirige al público

ARNALDO.

Digan cuantos hay presentes  
cuál es digno de más palma:  
¿quien da vida o quien da alma?  
Respondan los más prudentes.

PRÍNCIPE.

Arnaldo, ya es bien que os vais  
a vuestra patria y reposo,  
y a gozar el bien glorioso  
que dignamente lleváis.  
Solo este premio remedia  
vuestro dolor, caro amigo.

ARNALDO.

Príncipe, tus pasos sigo,  
dando fin a la comedia.

FIN